

el aire distinguido de aquel hombre que formaba contraste con su pobreza. Reconociendo por su acento que era extranjero, sintióse poseído de una curiosidad con mezcla de interés, y le preguntó de dónde venía y á dónde iba. El viajero le contestó sencillamente que venía de Italia para pasar á la Corte á ver á los Reyes, á fin de comunicarles un proyecto importante. El padre Guardian invitó al extranjero á que entrara con él en el convento á fin de tomar algún descanso, y éste aceptó.

Este viajero era Cristóbal Colon.

¿Cómo fué conducido á aquel convento? Nadie podría decirnoslo.

Su presencia en el convento de la Rábida no se explica naturalmente, sea cual fuere el punto de su desembarco, ya el Puerto de Santa María, ya San Lúcar de Barrameda, ya la Higuera, ó el mismo Palos. Aquel convento, completamente oculto entónces entre los pinos y visible solamente del lado del mar, se hallaba separado del camino recto que debía seguir Colon para llegar á Huelva, y sólo pudo encontrarse allí extraviándose. Necesariamente habia sido llevado allá por una de aquellas casualidades, admirablemente calculadas, que nos revelan la acción de un poder superior ante el cual nos prosternamos.

Como tantas veces se ha repetido, no iba Colon entónces á Huetra para ver á su cuñado Pedro Correa, el antiguo gobernador de Porto-Santo (1); sino á Huelva, á casa de un español oscuro, llamado Muliar, que estaba casado con la hermana menor de su mujer (2), y á la que indudablemente pensaba confiar su hijo mientras él continuaría sus instancias en la Corte de Castilla.

Ciertamente que si fué poética y romancesca la manera como Cristóbal Colon abordó en Portugal, no era ménos maravilloso el modo con que le auxiliaba la Providencia en su desembarco en España. Cuando llega sin protección, sin recomendación ninguna, destituido de todo apoyo, á un país cuyo idioma ni siquiera sabe aún, le dirige la divina Bondad al hombre mejor dispuesto para acoger sus ideas, al más digno de comprenderle y confirmarle en su misión.

Debajo del sayal que cubría su pecho, ocultaba Juan Perez de Marchena un patriotismo generoso. Ni la edad, ni la ciencia, ni las austeridades habian secado su corazón. Su alma expansiva recibía aún impresiones llenas de lozanía y vivacidad. Conservaba aquel permanente vigor de la virtud que el tiempo es impo-

(1) Sin exceptuar uno sólo, todos los biógrafos de Colon han ignorado la existencia del modesto Muliar, y, como Washington Irving, han tomado ese oscuro ciudadano de Huelva, por su otro cuñado, el portugués Pedro Correa, antiguo gobernador de Porto Santo, personaje importante.

(2) Esto es positivo: «Iba derecho de esta villa á la villa de Huelva, para fallar y verse con un su cuñado, casado con hermana de su mujer é que á la sazón estaba, é que habia nombre Muliar.»—Pleyto, *Probanzas hechas por el Fiscal del Rey*. Pregunta 13.—Supplem. primer. á la Colección diplom., núm. LXIX.

tente para menoscabar. Acogió fraternalmente al extranjero hacia quien le impelia un instinto de simpatía. Formóse al punto una especie de intimidad entre ellos, porque, al encontrarse, preexistía ya la más íntima conformidad de ideas que puedan reunir dos inteligencias.

Después de las primeras confidencias de Colon, invitó el padre Guardian á quedarse en su compañía, por no ser favorable el momento para someter inmediatamente su proyecto á la Corte.

Se ha supuesto que desconfiando el padre Juan Perez de su propio juicio, habia enviado á buscar un sabio de entre sus amigos, aquel mismo García Hernández, médico de la comunidad, que vivía en Palos, muy versado en las matemáticas, y que entre ellos discutieron el proyecto de Colon en varias conferencias, decidiendo que se ejecutaría después de haberlo reconocido racional. Pero esto es un error que ha desmentido auténticamente el propio testimonio del médico García Hernández en una deposición judicial (1).

Nadie intervino entre Colon y su huésped.

La confianza del padre Juan Perez fué espontánea y completa, porque la demostración era convincente; porque se le manifestaba la gran misión de aquel extranjero; porque el franciscano poseía aquella rara luz del corazón que aclara las grandes cuestiones, y las decide sin discutir las. Sus conocimientos cosmográficos le bastaban para apreciar el sistema cósmico de aquel hombre que le enviaba la Providencia.

Escuchó, comprendió y creyó.

De este modo, en aquel tranquilo convento de Franciscanos, desarrolló el genio, y acogió el entusiasmo la más vasta concepción de la humanidad. En aquel convento se creyó con una fe implícita é instantánea en la esfericidad de la Tierra, en la existencia de islas y continentes ignorados, y en la posibilidad de llegar á ellos, cuando en todas las academias, colegios y universidades habrían sido miradas aquellas ideas como el delirio de un enfermo.

Convertido Colon en huésped de los Franciscanos, libre de los cuidados de la vida material, no debiendo ya ganar el pan cotidiano, pudo emplear todo el tiempo en los negocios del alma, en la contemplación de las cosas divinas. En aquella casa trabajó para su perfección interior. Por medio de la oración y de la pureza quería hacerse ménos indigno de realizar la inmensa obra de que se sentía encargado. Teniendo entrada libre en la biblioteca del convento, pudo iniciarse en las

(1) El mismo García Hernández ha fijado la fecha de esta conferencia, por la circunstancia de que, sin saberlo él, se envió al piloto Sebastian Rodríguez al campamento de Santa Fé; lo que ocurrió en el invierno del año 1491, seis años después de la época equivocadamente indicada por Washington Irving y los que le han seguido.

Sagradas Escrituras, consultar los autores eclesiásticos, los parafrastas y comentaristas. Sábese que había estudiado á San Jerónimo, San Agustín, San Ambrosio, San Isidoro; que conocía á Scoto y á Nicolás de Lyra, etc. Es indudable que allí adquirió aquel conocimiento variado de las obras teológicas, de que dió pruebas desde entónces. Tenemos fundamentos para decir que los trabajos del Ángel de las escuelas y del doctor Seráfico, las cuestiones especulativas de la Metafísica y de la Moral, no pudieron desviar su espíritu de una investigación ménos elevada y más práctica, el estudio vulgar de la vida de los santos. Aplicábase á la consideración de los ejemplos de aquellos hombres que habían servido á Dios de distintas maneras: éstos con humilde constancia y oscuro heroísmo, aquellos con el esplendor del talento y de la ilustración; unos y otros igualmente preciosos delante del Señor, y venerados en su Iglesia. A pesar de que entónces era hombre del siglo, deseaba en lo íntimo de su corazón celebrar la gloria de Jesucristo. Comprendiendo la luz divina con que las Sagradas Escrituras iluminan el entendimiento del fiel sinceramente sumiso, no se limitó Colon á consultar los volúmenes de la biblioteca; vivió como un cenobita, asociado á los estudios y meditaciones del padre Guardian, á los oficios y comidas de la comunidad; conoció en fin el espíritu de San Francisco, prendándose de su orden, regla y hábito.

Á su vez, el padre Juan Perez de Marchena amó en Cristóbal Colon al hombre, como admiraba ya al cosmógrafo, al poeta, al genio superior. No vacilamos en decirlo; le amó tanto más, cuanto que, siendo su confesor, pudo ver claramente aquella fe que permanecía pura y candorosa, á pesar de las bizarrías de la erudición y las curiosidades de la inteligencia. Pudo contemplar cara á cara aquel pensamiento más vasto que el mundo, inclinado humildemente á los piés del juez con poderes para desatar y absolver. Admiró un genio tan grande unido á tanta humildad, habiendo, como sacerdote, leído claramente en las profundidades de aquella alma que, sin saberlo, manifestaba su hermosura, descubriendo sus faltas en el tribunal de la penitencia. Asombróse de la grandeza de aquel hombre ignorado, en quien las elevadas cualidades se habían asociado con tal armonía, que parecían no formar más que una sola por excelencia, la que llamamos la Virtud. El franciscano descubrió en Cristóbal Colon la señal de una elección providencial; y por esto se interesó por su destino, y se le adhirió con una abnegación que no se acabó sino con él mismo.

Cuando Colon salió del convento de la Rábida, procuróle el padre Juan Perez una corta cantidad de dinero, y le entregó una carta de recomendación apremiante para un hombre importante en la Corte, el prior del Prado, confesor de la reina, cuya benévola mediación le valdria, decía él, fácil acceso y favorable acogida. Como el padre Juan Perez de Marchena juzgaba que, á pesar de su noble origen, la cuñada de Colon, esposa del pobre Muliar, no podría dar en Huelva una educación

conforme al jóven Diego, su sobrino, quiso encargarse él mismo de su instrucción. Así pues el hijo de Colon fué, en su tierna juventud, alimentado, vestido é instruido en aquel tranquilo albergue, con el pan, ropa, libros y caridad de la familia Franciscana.

Teniendo el huésped del convento de la Rábida tranquilizado el corazón para lo sucesivo, y libre el ánimo con respecto á su hijo, despidióse del venerable Guardian, y acompañado de sus oraciones, se puso en marcha para Córdoba.

§ II.

La hospitalidad tan generosamente concedida á Colon en el convento, el cariño y apoyo que en él encontró, han hecho aquel sitio interesante para la historia y de dulce recuerdo para los discípulos de San Francisco. Nuestros amigos nos agradecerán que les demos aquí algunos pormenores acerca del convento de la Rábida.

En aquella época se componía el convento de dos claustros interiores y de tres pequeños cuerpos, anejos al edificio principal. La iglesia de Santa María de la Rábida estaba rodeada de un cercado, cuyo espacio formaba un patio interior á cada lado de las paredes laterales. La iglesia, construida en forma de cruz, tenía tres capillas. Encima del altar mayor levantábase una cúpula esférica, y rodeada de un borde de mampostería, con aberturas regulares en su base. Esta parte del tejado, dispuesta á manera de azotea, parecía destinada para servir de observatorio. Revocada esta cúpula de cal muy blanca, llamaba desde lejos la atención de los buques costaneros, y servía de punto de reconocimiento á los de cabotaje. El elevado bosque de pinos que rodeaba el convento, de la parte de tierra, impedía descubrir aquel retiro á no ser del lado del mar.

Por otra parte, la desnudez de las paredes, la falta de imágenes, cuadros, frescos, lámparas de oro y plata correspondía á la sencillez del convento y á la pobreza arquitectónica del conjunto. Aquel convento parecía no poder contener más que doce celdas, no incluyendo en ellas la habitación del Prior y la biblioteca. El refectorio y la cocina ocupaban un pequeño edificio rectangular, adosado á la izquierda del edificio principal. Una pared gruesa, antigua muralla construida quizás para defenderse de los moros de España y los merodeadores de Portugal cuya vecindad les facilitaba sus correrías, encerraba como en un triángulo, la escarpada colina que sirve de pedestal al convento. Esta colina abierta es naturalmente árida; sin embargo á su pié crecían magníficos aloes y vigorosas palmeras. Á medida que se subía, unas paredes de piedra en seco, sostenían, formando gradas, el terreno por

el que se arrastraban alcaparros y cepas de viñas, sembrado acá y acullá de higueras. El jardín regado por medio de una máquina hidráulica, alimentada por el río Tinto, obtenía un poco de sombra merced al parral frondoso y á algunos limoneros que formaban el paseo de verano. Pero ninguna escultura, ningún adorno artificial alteraba allí la pobreza de los discípulos de San Francisco. Hasta la cisterna que habría podido servir de adorno rústico, estaba en un ángulo de los edificios accesorios. Sólo había allí de grande la soledad, la calma de la naturaleza, el recogimiento del alma y la vista del Océano sin límites.

Los recuerdos de Cristóbal Colon consagrados por la amistad del padre Juan Perez de Marchena habían quedado depositados en los modestos archivos de aquel pequeño convento; sin embargo á medida que los habitantes de Palos se han ido trasladando á Moguer, y que Palos se ha convertido en una ruina desierta, los religiosos se han encontrado en aquel retiro sin utilidad para la población harta alejada, y sin facilidad para los medios de subsistencia. Su número disminuyó gradualmente; en la época de la ocupación francesa ya no se contaban más que de cuatro á cinco. Dicese que la biblioteca del convento fué saqueada y destrozados los archivos. El año 1825 había aún allí cuatro religiosos; pero el edificio, dejado sin reparación desde muchos años, y el estado del jardín manifestaban bien claramente el olvido en que iba quedando aquel monasterio rural. El recinto no obstante era respetado, y á lo ménos la mano del hombre no había precipitado el deterioro de los edificios.

La revolución religiosa que en 1834 suprimió en España los conventos, dió el golpe de gracia al monasterio de la Rábida, que se vió enteramente abandonado. Parece sin embargo que por respeto á los recuerdos fué clasificado y numerado como propiedad nacional. Pero sin duda por oposición al principio: «lo que es de todos no pertenece á nadie y no se puede tocar,» han pensado los habitantes ribereños que lo que es de la nación pertenece á cada uno, y de veinte años acá, en presentándose la ocasión, devastan el convento, á proporción de sus necesidades. Con ese abandono ha desaparecido el jardín que había quedado inculto. Las paredes de piedra en seco se han venido abajo poquito á poco, con el trascurso del tiempo, por efecto de las lluvias y de los vendabales del oeste. El río ha arrastrado la tierra vegetal. Sólo una palmera ha desafiado los estragos del tiempo. Cerca de los restos de la máquina hidráulica, entre los aloes espinosos, continúa levantando su tronco solitario, único y postrer testigo de la vigorosa vegetación que conservaba antiguamente en aquella roca naciente el trabajo de los buenos religiosos.

Mientras que sumidos en un profundo sentimiento de tristeza escribíamos estas

líneas, felizmente se había fijado en las ruinas de la Rábida un pensamiento benéfico.

Simpático por naturaleza á todas las glorias, deseoso de aumentar la de España, atraído instintivamente hacia un héroe tan accesible á su comprensión, Su Alteza Real el duque de Montpensier había resuelto conservar para la posteridad el humilde convento donde se acogió primeramente la idea que nos dió un mundo.

El 11 de marzo de 1854 emprendió el ilustre príncipe un viaje á la Rábida, acompañado de su digna esposa la infanta. Venciendo las fatigas del camino, quiso visitar también aquellos sitios tan caros para toda alma elevada, la reina María Amelia, aquella madre que sufrió grandes dolores y fué compadecida y venerada de toda Europa.

En presencia de las ruinas amenazadas de inminente destrucción, formaron en seguida los augustos viajeros una cantidad que debía bastar para las reparaciones urgentes, y dieron el ejemplo de una suscripción á la que se asoció apresuradamente Andalucía, comenzándose inmediatamente los trabajos. La celda del padre Guardian Juan Perez de Marchena se restableció, en cuanto fué posible, á su antiguo estado. El señor duque de Montpensier mandó colocar en ella el retrato de Cristóbal Colon, y encargó cuatro cuadros que representaran las principales escenas de su vida. Entre tanto adelantaba la restauración de la iglesia. Erigióse un altar mayor á expensas del señor duque de Montpensier; y por mandato de Su Alteza Real, se rescató todo lo que pudo hallarse de los objetos que antiguamente pertenecieron al monasterio. Al cabo de algunos meses volvió el príncipe á la Rábida para apresurar con su presencia la ejecución de las obras.

Finalmente, el 15 de abril de 1855, Sus Altezas Reales el duque y la duquesa de Montpensier, acompañados del duque y la duquesa de Nemours, efectuaban una peregrinación cristiana y poética, y en medio de la concurrencia de las poblaciones vecinas, inauguraron la restauración del antiguo edificio, con una solemnidad religiosa en la que el célebre Dean de la catedral de Sevilla, don Manuel Cepero, pronunció su último sermón, que rebosaba patriotismo en todas sus frases. Notables poesías, recogidas en un álbum, formaron el precioso libro de memoria de aquel día de justicia histórica y de gratitud nacional, en que la Francia, que lo había inspirado estaba representada por los más nobles de sus hijos.

Gracias al esmero del señor duque de Montpensier, quedará legado á la piadosa curiosidad de nuestros descendientes el monumento más conmovedor de la Historia de los tiempos modernos, el asilo de Colon en la habitación del franciscano que inmortalizó su amistad. En nombre de las simpatías que conserva todavía el nombre de Colon, nos atrevemos á dar gracias aquí á Su Alteza Real por su noble iniciativa. Anticipándose de esta manera al deseo de las almas generosas, ha

sabido ahorrar al mundo eternos pesares. Felicitamos de lo íntimo del corazón al augusto príncipe por haber pagado tan dignamente al culto de los grandes recuerdos la deuda que hasta entonces no se había pagado.

Saben ya nuestros apreciables lectores que esta obra es un monumento á Colon; por lo tanto, y sólo con el objeto de que conozcan lo publicado referente á su nombre y gloria, ponemos á continuación los siguientes escritos, por su orden de fechas; éstos servirán de complemento al capítulo que antecede.

EL CONVENTO DE LA RÁVIDA Y LA VÍRGEN DE LOS MILAGROS.

El convento de la Rávida: hé aquí uno de los monumentos de mayor gloria que hay en España. Ajeno á toda belleza arquitectónica, guarda dentro sus blanqueados muros recuerdos sublimes de grandeza nacional. Aislado entre los viñedos que agrupados se miran en sus contornos y, teniendo á sus piés la inmensidad del Océano, que retrata en sus olas, ora mansas, ora embravecidas, los torreones del venerando edificio, aparece hoy solitario el convento de la Rávida. Ya no moran allí aquellos frailes, trasunto de la santidad y de las ciencias, que dieron esplendor al potente cetro de aquellos días: todo desapareció de aquella santa casa, y sus muros, derruidos en 1854, daban testimonio de la indiferencia con que miramos en España los monumentos de nuestra perdida grandeza. Afortunadamente una suscripción nacional acudió solícita á reparar la incuria del tiempo y la morosidad de los gobernantes, y la reparación del convento fué un hecho en breves días. Esto todo el mundo lo sabe; mas bueno es que no se ignoren otros pormenores muy dignos de tenerse en cuenta.

Desde el momento en que salimos de la villa de Palos, y subimos la imperceptible cuestecilla que ofrece el camino, se nos presenta el convento á lo léjos. ¡Qué cúmulo de reflexiones tan gratas se vienen á nuestra mente! Parécenos que el gran Colon camina á nuestro lado, apoyado en su cariñoso hijo, y, fija su mirada en la Rávida, ansia llegar á la habitación de aquellos religiosos, para reponer sus fuerzas con el descanso, y aplacar su hambre con el alimento; que los frailes prodigaron siempre caridad eximia á cuantos necesitados llegaron á sus porterías.

Si; á medida que nos acercamos caminando por la senda que limitan los vallados de las múltiples viñas y frutales, parécenos ver á lo léjos la sombra venerable de aquel fraile ilustre, honra de España y honor del mundo entero, que contribuyó de modo tan eficaz al descubrimiento del Nuevo Mundo. Juan Perez de Marchena era su nombre; pronunciémosle con respeto, porque España debe á su celo el florón más preciado de sus conquistas. El gozo nos inunda, nos transporta, nos lleva á aquellos días de gratisima memoria, en que no veíamos ponerse el sol

en nuestros dominios; en que había frailes y conventos, y éramos la nación más poderosa del mundo; en que la Europa, que hoy nos humilla, besaba nuestras plantas, y el león castellano tenía asido con su potente garra el imperio del mundo. Esta es la verdad. España ha sido grande en tanto que supo conservar y engrandecer la fe religiosa, excitar el honor de sus hijos y procurar el enaltecimiento de la patria. Esta es la verdad histórica: quien dice lo contrario nos induce al error. La historia escrita está: repásela quien dude de nuestro aserto, y hallará confirmadas una por una las frases que acabamos de apuntar, y que repetimos para desengaño de incautos: «España halló en la religion católica, en el trono y la independencia las grandes bases de la monarquía española (1).»

Mas, vengamos á la Rávida. ¡Qué desengaño! Las ilusiones placenteras que durante la travesía habíamos alimentado, todas han desaparecido al pisar el dintel de la santa casa. Ni Colon está á nuestro lado, ni vemos al P. Juan Perez de Marchena, ni los frailes aparecen á nuestra vista; todo respira soledad, todo está en silencio; es la hora de anochecer, y la siniestra corneja déjase oír, y todo presagia tristeza. Si; la alegría y la grandeza de pasados siglos han desaparecido de España; el convento de la Rávida es mudo, pero elocuentísimo testimonio de ello. Allí habita sólo un conserje encargado de mostrar la santa mansión de los frailes á los curiosos, que, llevados de su amor á las glorias patrias, acuden solícitos á visitarla. Ya no hay capellan que perpetúe en la iglesia el culto fervoroso de los venerables Franciscanos; y hasta la efigie sagrada de Maria santísima de los Milagros que presidía el altar mayor, y que durante largos siglos vino asumiendo el amor y las delicias de aquella Comunidad honorable, ha tenido que refugiarse en el templo parroquial de Palos, saliendo de la Rávida para no autorizar con su presencia santa el abandono á que ha sido condenado el ántes frecuentado templo. Si; doloroso es decirlo; la imagen bendita de Maria santísima de los Milagros, ante quien tantas veces postróse humilde el gran Colon, y en cuya devoción y culto halló poderoso lenitivo en sus penas y eficaz aliento en sus empresas, ya no está en la Rávida. La santa casa ha quedado tan secularizada, que sólo tienen asiento en ella, además del conserje referido, los amigos ó deudos del gobernador de la provincia, á quienes éste da permiso para pasar en el convento la temporada de baños.

¡Pena da ver y reflexionar sobre todo esto! Quizá no haya en toda España edificio más á propósito para establecer casa de Misioneros, y, de no ser posible, un colegio de Jesuitas para enseñanza de la juventud, como los establecidos con éxito tan provechoso en Jerez de la Frontera y en Sevilla. De este modo se lograría la conservación del edificio sin coste alguno para el Estado, y quedaria restablecido

(1) Son palabras del historiador liberal D. Antonio Cabanilles, *Historia de España*, tomo I, pág. 446.